



Seix Barral Biblioteca Breve

Tomás González
El Expreso del Sol

FLOTAR

Mi tía Angélica, la menor de mis tías maternas, desapareció de nuestras vidas y de la vida de la familia cuando mi hermana gemela y yo teníamos trece años. Después de treinta, Ramiro, su segundo marido, vino un día a mi casa y me dijo que la tía nos mandaba a pedir el favor de que la acompañáramos en la clínica, porque se iba a morir.

De niñas, Jimena y yo éramos flacas y largas, como alambres. Íbamos todos los días a la casa de la tía, a que nos mostrara cómo doblaba cucharas o apagaba las luces con la mente, y a que levitara o tocara el acordeón o el serrucho. La música era lo que más me gustaba, pero la apagada de luces tenía su gracia y también la levitada, así fueran solo uno, máximo dos centímetros los que se elevaba.

Cuando se le menciona el asunto, Jimena, que es escéptica, dice:

—¿En centímetros? Yo diría que ninguno. Nos hipnotizaba como a gallinas.

No creo que a nosotras nos hipnotizara. A las gallinas, sin duda. Con dos pases las dejaba quietas, como si fueran de madera, o las ponía a empollar huevos que no había, o a picotear en las baldosas granos de maíz que tampoco existían. Pero una cosa es hipnotizar a una gallina y otra, a dos niñas de ruedo zafado y rodillas raspadas, tremendamente inquietas, como éramos nosotras.

—Vos te sentís la más bella entre las incrédulas, ¿no? —le digo a Jimena, como para burlarme de tanto escepticismo.

La afición por la música me viene de la tía Angélica. Poco antes de que desapareciera, yo había seguido su consejo y estaba tomando clases en el conservatorio y también con profesores particulares. Mi tía tocaba el acordeón, Bach, Rameau, Scarlatti, adaptaciones, claro, pues que yo sepa ellos nunca escribieron para acordeón, y también cumbias y rancheras, aunque le gustaba más la música clásica. Y lo hacía de oído, sin partitura, pero había que rogarle un rato para que sacara el acordeón del armario y se lo colgara en ese cuerpo tan poco agraciado que tenía. Sus manos eran corticas, gruesas y agilísimas. A ella se debe que hoy enseñe yo acordeón en el colegio, cosa que hago por afición y por amor al instrumento, y solo a aquellos niños que de verdad tengan interés en aprenderlo, pues lo mío oficialmente es el piano.

Mi hermana y yo fuimos gemelas idénticas, que en nuestro caso quería decir idénticas idénticas, como dos gotas de agua. Yo terminé por quedarme como Juliana y ella como Jimena, pero cuando éramos muy niñas nos trocábamos los nombres, para entretenernos y confundir a los grandes, y a veces se nos olvidaba cuál nombre era de cuál y nos peleábamos cuando no lográbamos ponernos de acuerdo. También nos oíamos el pensamiento la una a la otra, como pasa a veces con los gemelos. Todavía de cincuentonas nos

parecemos, pero de idéntico ahora solo tenemos la estatura y el sobrepeso. Además nos maquillamos distinto. Yo no me maquillo, casi no me maquillo, mejor dicho, y Jimena se pinta esos ojos, que parecen... Ni sé qué parecen. Como mariposas o chapolas grandes es lo único que se me ocurre. Como esas estatuas de las diosas del Nilo o peor.

Las dos señoras altas y robustas llegamos, pues, a la clínica, una muy maquillada y con el pelo demasiado negro, la otra casi sin maquillar y con el pelo gris plateado, a acompañar a la tía que se iba a morir. Es bonito mi pelo, no sé a Jimena por qué le dio por teñírselo. Le brilla horroroso, como el carbón. En la recepción nos atendió un enfermero mariconcito que me hizo pensar que algunos de ellos son más mujeres que las mismas mujeres. Por esfuerzo que haga, ninguna mujer alcanzaría a tener tanta gracia como este enfermero. Pero amable, eso sí. Caminaba adelante de nosotras meneándose, aunque tampoco demasiado, y cuando abrió la puerta de la habitación nos picó el ojo.

La tía era pequeña de estatura, y de joven había sido vivaz y alegre, pero estaba lejos de ser bonita. Lejísimos. Era fea de cuerpo y de cara, y así y todo siempre tuvo novios y pretendientes. Le gustaban mucho los hombres, pero, lo que se dice hombres oficiales que se le conocieran, solamente fueron Santiago y Ramiro, es decir su primer marido y su segundo marido. Que una mujer tan poco favorecida atrajera tanto era más

gracia, pienso yo, que doblar cucharas o hacerles dar vueltas a los cuchillos como aspas en las mesas.

Entramos al cuarto y nos dimos cuenta rápido de que la situación en materia de belleza no había mejorado. Todo lo contrario. La tía Angélica estaba muy vieja, había disminuido aún más de tamaño y tenía la cara torcida por la trombosis. Cuando llegamos, miraba hacia la puerta desde la cama, esperando que apareciéramos, pues muchas veces ella sabía lo que iba a pasar a continuación, como si ya hubiera visto la película. Nos vio y dijo con la boca torcida y voz débil:

—¡Eftán como hipopófamos!

—¿Qué dijo? —preguntó Jimena.

—Que parecemos hipopótamos, mi amor —contesté con voz firme.

Mi tía Angélica hablaba con la efe, por la trombosis, pero yo tengo el oído fino y había alcanzado a entenderle. Pensé en contestarle que ella parecía un gnomo y estaba más boquitorcida y fea que un extraterrestre, pero habíamos venido a acompañarla a morirse, no a alegar con ella.

—¡Exagerada! —dijo Jimena.

—Gordaf fero bonitas.

—Ah, eso sí —dijimos Jimena y yo al mismo tiempo.

Levantamos la cama con la manivela, para que la tía Angélica quedara bien sentada. Nos acomodamos Jimena y yo en el sofá de tres puestos, dos en nuestro caso, y nos pusimos a conversar. «Conferfamos» de

muchas cosas durante las horas que siguieron. Nos contó cómo había sido su vida después de dejar a su primer marido, el escándalo más grande y tal vez el único que ha habido en la familia. Al primer marido, Santiago, un abogado con el que vivió muchos años, lo dejó por Ramiro, que era médico veterinario y había sido el mejor amigo de Santiago desde la época del bachillerato. Un día, mi tía y Ramiro se fueron juntos, sin dejar ninguna nota, y solo vino a saberse de ellos hasta ahora, cuando mi tía se materializó de pronto con trombosis cerebral en una clínica del sur de aquí de Cali. Ramiro andaba por ahí, nos dijo, pero ella prefería que estuviéramos también nosotras, pues él, según mi tía, era un inútil para cuidar enfermos que no fueran vacas, y además las enfermeras no le hacían caso. Y con las tres hermanas que todavía vivían no podía contar, pues ellas mismas estaban todas desvencijadas, a la tía Angélica poco la querían y además eran demasiado orgullosas para acompañar enfermos.

—Claro que se supo de nosotros —dijo mi tía, cuando mencioné el tema—. Lo que pasa es que a ustedes, muchachas, nunca les contaron nada. En esta familia todo lo esconden —agregó con rapidez y mucho sentimiento, de modo que no fue fácil entenderle con todas aquellas efes apiñadas. Ya no se le sentía debilidad en la voz.

—Después de que dejé al boboncio de Santiago, Ramiro y yo vivimos muchos años en una finca por

Puerto Gaitán, Llano abajo, y después en otra, por Arauca.

—¿Puerfo qué? —me preguntó Jimena en voz no tan baja y yo le di un pellizco, para que no fuera imprudente. Ella me dio otro.

—No te me acerqués tanto, que me marea el olor a cosméticos.

—Sin pelear, niñas.

La tía Angélica nos contó que la vida con Santiago, su primer marido, había sido muy tediosa y llena de rutinas. Se había casado demasiado joven con una persona como él, que le llevaba doce años y ni siquiera de joven había sido muy aventurero, que digamos.

En los Llanos mi tía Angélica y Ramiro se movían de un lado al otro en un *jeep*, visitando haciendas, atendiendo partos de vacas, vacunando ganado. Dormían en hamacas y veían los amaneceres y los atardeceres más bonitos «fe uno fueda conofer». Y yo sé bien a qué se refería, pues voy con cierta frecuencia a acampar al Llano con mis estudiantes y los obligo a levantarse temprano para que vean el amanecer, así estén medio dormidos y llenos de lagañas.

Después de contarnos de su vida feliz, primero en el Meta y luego en Arauca, cerró los ojos como para descansar y nosotras dos nos quedamos calladas. Al rato una enfermera flaca entró como Pedro por su casa, sin golpear ni nada, y le preguntó a mi tía que cómo estábamos hoy, con esa manera de hablar en plural que le gusta tanto al personal de los hospitales

y que nos va a acompañar a todos en el tránsito final, cuando se nos acabe el mundo: «Ahora nos vamos a morir, ¿bueno? ¿Estamos listicas?».

—Jodidas —contestó mi tía Angélica, y la enfermera se hizo la indiferente, como si nada hubiera oído.

—Nos vamos a poner el pato —dijo entonces, levantando sin miramientos las cobijas de la enferma y encajándole el pato de metal en las nalgas.

—¿Todas? —dijo Jimena.

—¿Y usted como se llama? —le pregunté a la mujer, con voz que me sale autoritaria cuando se necesita, por lo mucho que he bregado con estudiantes difíciles.

Entre mi voz fuerte y lo del pato de Jimena, que parecía ya lista para ponérselo, la mujer se empezó a desconcertar. Yo me le había acercado y no me llegaba ni a los senos. La habría despescuezado en medio segundo por poco que chistara. No me contestó nada, pero cuando sacó el pato lo hizo ya con menos brusquedad y arropó con cariño a la enferma.

Son unas hipócritas.

—¡Pero qué bueno que nos estén acompañando las sobrinas! —dijo. Entonces trató de abrir la puerta sin soltar el pato y no pudo. Dejó en el piso el recipiente con su pizca de meados amarillos, para hacer girar mejor el pomo de la puerta, y tampoco pudo. Miré a mi tía, que se hizo la desentendida.

—Bendita puerta —dijo la enfermera y siguió luchando con la manija. Yo fui y la abrí con dos

dedos, mirando a la mujer desde arriba, para que se apabullara todavía más. Al salir se chocó con Ramiro, que entraba.

Coincidencia tal vez, pero con mi tía uno nunca sabía.

Ramiro era de tamaño mediano. Debió de ser muy buen mozo cuando joven, pues tenía cabeza bonita, de frente alta, y ojos grandes y verdes. El cuerpo era enclenque, pero proporcionado, y las canas le lucían cantidades. No sonreía nunca —por la preocupación con lo de la tía Angélica, tal vez—, pero su boca era bonita, o alguna vez había sido bonita, de esas que las mujeres decimos que provoca besarlas. Mejor dicho, entendí lo que mi tía había visto en aquel tiempo en esta persona que ya debía de estar llegando, y a las carreras, a los ochenta años. Y cuando comenzaba uno a hablar con él entendía también por qué la tía nos había mandado llamar. Ramiro no hubiera sido capaz de manejar el lío aquel de la trombosis. Tenía la memoria casi en ruinas e iba a ser más un estorbo que una ayuda en esas circunstancias.

—Angelita se concentra y se les salen los nuches a las vacas —dijo de pronto, sin ton ni son, después de las presentaciones, para empezar la conversación con nosotras, las robustas sobrinas de su mujer.

Las Angélicas no tienen diminutivo, pues serían Angeliquitas, así que el hombre había optado por aquel. En todo caso yo me imaginé a la vaca muy quieta, a «Angelita» en ese trance pacífico, pero in-

tenso, con que la veíamos doblar las cucharas, y a las larvas, como si las estuvieran llamando con alguna flauta, saliendo de los nidos calientes, debajo de la piel, donde se habían acomodado.

—¡No me diga! —dijo Jimena. Y cuando le vi las ganas de darme en las costillas un codazo de complicidad le hice un gesto de advertencia.

—Ya empezaron a llegar estas viejas pesadas —dijo la tía Angélica.

Se abrió la puerta y entró mi tía Norma, la primera de sus tres hermanas que todavía estaban aproximadamente vivas. El televisor se prendió de repente y la tía Norma hizo primero un gesto de alarma, y después, de impaciencia, pero nada dijo. Estaba toda coja y descuadrada, y cualquiera hubiera pensado que se estaba recuperando de algún implante reciente de cadera, así de insegura caminaba. Venía con su chofer, un negro alto, fornido y serio que le cargaba la cartera. Yo me levanté, no a apagar el televisor sino a desenchufarlo, para que mi tía Angélica no siguiera molestando con eso, y volví rápido al sofá, no fuera que el chofer acomodara a la tía Norma en mi puesto. Ramiro se puso de pie y le ofreció su silla. Todo un caballero, aunque ya casi ni supiera cómo se llamaba.

—¡Por Dios, Norma, sí que estás descuadrada! —dijo la tía Angélica, pero la tía Norma no supo de qué le hablaba. Solo yo le entendía bien, aunque Jimena estaba aprendiendo rápido.

Entonces, y casi al mismo tiempo, llegó la tía Doris, que se había quebrado la cadera con todas las de la ley, ella sí, y había recibido su respectivo implante. Venía con caminador y traía también un chofer. Este era huesudo, fuerte, de bigote negro, ojos claros y gorra de paño. Tenía por allá su toquecito de hampón, como si trabajara en los ratos libres para alguna banda de secuestradores de señoras de cadera quebrada. Los dos choferes llevaban corbata roja y saco de paño azul.

—Se van a agarrar —me dijo pasito Jimena.

Era la época en que a los cuartos de los hospitales podía entrar tanta gente como les cupiera, así se quedarán sin aire los enfermos. Y hasta se fumaba. El hampón huesudo salió al corredor y volvió con dos sillas. Acomodó en una a la tía Doris, su patrona, y él se sentó en la otra. Ramiro quedó de pie, como sin saber qué hacer. El fornidísimo chofer negro, también de pie, cargaba la cartera al lado de la tía Norma.

—Le apuesto al moreno —susurró Jimena, atenta a la posibilidad de pellizcos de mi parte, pero esta vez no se dieron.

La conversación no fluyó fácil, no porque mis tías fueran calladas, sino porque no le entendían nada a la tía Angélica. Doris, la del chofer zarco y huesudo, no tenía audífono, y mucho que lo necesitaba. Norma sí tenía su audífono, pero se la pasaba tocándolo con el dedo, como para subirle o bajarle el volumen, hasta que le chillaba y a ella se le descomponía la cara por

el ruido. Se lo entregaba entonces al chofer negro, que lo manipulaba con una delicadeza rara en alguien tan fornido, y se lo devolvía, para que mi tía otra vez luchara con él y volviera a descuadrarlo.

Me distraje tanto mirando todo eso que ni siquiera supe de qué hablaban las tías. En la habitación, por el gentío, el aire empezaba a sentirse enrarecido. Los cosméticos de Jimena ayudaban. Y por último llegó Lucy, la mayor, que era imponente, como las malas lenguas dicen que soy yo. No traía chofer sino enfermera, y no supimos para qué, pues parecía sana y fuerte. Por si se quedaba inválida de repente, tal vez. Y como la enfermera era negra y muy bonita, el chofer negro y fornido salió con cartera y todo, y les trajo sillas. Ramiro seguía de pie.

—Angelita sabe tocar con el serrucho *El cóndor pasa* —dijo.

Solo Jimena y yo le hicimos caso. Había sido emocionante para nosotras de niñas ver a la tía Angélica sacar el arco de un armario y el serrucho del baúl de las herramientas y prepararse para tocarlo. Se lo ponía en las rodillas y, después de una venia profunda, como de concertista, que nos divertía mucho, empezaba a tocar hasta que adivinábamos de cuál canción se trataba. Entonces tocaba el comienzo de otra. A veces nos pedía que nos quedáramos calladas y tocaba piezas completas.

—Yo sabía tocar serrucho —dijo con amargura y las efes llorosas—. Ahora no sé ni orinar.

—Vaya le trae, por favor, una silla al doctor —le ordené al chofer huesudo, y le señalé a Ramiro.

—¿Él es el doctor? —preguntó la tía Doris.

Es el problema de decirle a todo el mundo «doctor» aquí en Colombia. Cuando le aclaramos que no era el doctor, no, que era el esposo de la tía Angélica, la tía Norma oyó mal y comentó, mirándolo con mucha atención y algo de recelo:

—¿Sí? Pero doctor no parece.

El chofer huesudo salió, volvió con la silla y la puso al pie de Ramiro, que no se sentó. Me levanté y fui a sentarlo, un poco a las malas, porque me caía muy bien y ya me estaba poniendo nerviosa de verlo ahí todo descolocado. Mi tía Norma, que había perdido la desconfianza, dejó de tocarse el audífono y le preguntó:

—¿Y usted cómo la ve? Hable con toda franqueza, doctor, que nosotras somos mujeres fuertes.

Ella fuerte no se veía. Lo que tal vez quiso decir era que a todas les importaba un pito la suerte de su hermana, que tantos problemas y vergüenzas le había traído a la familia.

—¡Pero si aquí lo que hay es una convención! ¿Y este negro tan bonito quién es? —dijo la tía Angélica, que había dejado de tenerse lástima y se había olvidado de que ya no sabía ni tocar el serrucho ni orinar. Desde siempre había llorado muy fácil, e igual de fácil y rápido había olvidado siempre las penas y las lágrimas. Era una capacidad como de fantasía, tan notable como la levitación o el serrucho.

Aparte de Jimena y yo nadie le entendió lo de la «confención» ni lo del «nefro tan bonifo».

En serrucho no solamente la tía Angélica había tocado *El cóndor pasa* y cosas de ese estilo, sino también música clásica. Por ejemplo el Concierto de Tchaikovski en Re Mayor para violín, los fragmentos que se dejan tocar en el serrucho, claro, que salían muy agitanados en la versión de ella. Impresionante. Hasta los *pizzicato* los lograba hacer. ¿Sería que tenía sangre gitana? Pero si hubiera sangre gitana en la familia también habría corrido en las venas de la tía Lucy, por ejemplo, que es tan imponente como sosa, es decir, lo más alejado de una gitana que uno pueda imaginarse. Por eso me choca cuando me dicen que me parezco a ella. Tocando el serrucho, mi tía Angélica se iba acelerando y terminaba por despelucarse. Se olvidaba de todo y el alma se le pasaba al instrumento, o a la herramienta más bien, como si estuviera loca.

Llegó entonces el médico, el de verdad, y nos hizo salir a todos del cuarto. Era bajito, moreno, macizo, de cejas gruesas, por ahí de cincuenta y cinco años, y seguramente sabía entender el español con la efe, pues no quiso que le hiciéramos de intérpretes. Después de examinar a mi tía Angélica salió, habló un rato con las otras tías, y se fue. Y como ellas eran duras de oído, las dos que entendían, mientras que la que oía, Lucy, era dura de entendederas, nos quedamos al fin sin saber qué había dicho. Se lo preguntamos a la tía Angélica.

—No me dijo nada. Que me esté tranquila, que todo va a salir lo mejor posible.

Las tres tías y todos sus allegados y dependientes se quedaron mucho tiempo, demasiado, en el hospital. Casi a las seis de la tarde llegaron siete sobrinas, todas bastante quedadas, curiosa la coincidencia, y ya sin muchas esperanzas de casarse, hijas de las tres tías, dos de una, tres de otra y dos de otra, pero en el cuarto ya no había espacio y debieron quedarse afuera todas siete. Lo cual me alegró, pues venían por curiosidad, me parece, para ver si la tía era tan fea y estrambótica como decían, y también por si acaso la veían hacer alguna de sus famosas magias.

A las siete de la noche estábamos otra vez solas. La tía Angélica, muy fatigada, se había quedado dormida, y Jimena y yo hablábamos en voz muy baja en el sofá y decidíamos cuál de las dos iba a acompañarla esa noche. Jimena dijo que ella prefería quedarse la noche siguiente.

—Noche siguiente no hay.

Me levanté rápido del sofá y cuando llegué a la cama vi que mi tía estaba profunda. En eso nadie me engaña. Sé cuando las personas están fingiendo, pues las muevo un poco para despertarlas y les veo la mentira en los ojos tan pronto los abren.

—¿Y a esta qué le pasó? ¿Por qué me sacudís?
—dijo la tía Angélica, sorprendida, pero no alarmada. Le solté los hombritos, que se sentían como de leña, y le pregunté:

—¿Usted dijo algo, tía?

—¿Algo?

—¿Usted habló?

La tía Angélica ya se había despabilado.

—Llevo setenta y tres años hablando. Empecé cuando tenía menos de un año, por precoz que he sido, y desde entonces no he parado —dijo—. Y nadie me ha hecho caso.

—Estábamos viendo cuál de las dos se quedaba esta noche.

Mi tía Angélica nos pidió que nos quedáramos las dos, y así lo decidimos. Una iba a dormir en el sofá mientras la otra velaba en la silla y miraba que todo estuviera bien.

Llegó con la comida el enfermero que ya conocíamos. Y mientras él alimentaba a la tía con cucharadas a las que agregaba frases bonitas —«la sopa para la hermosota», «carnita para la preciosita», cosas así—, nosotras bajábamos al restaurante. O subíamos, más bien, porque nos despistamos y fuimos a dar al cuarto piso. Bajamos entonces al primero y nos enteramos de que el restaurante quedaba en el segundo. Parecíamos yoyos de los grandes. Ni modo de subir, par de mujeronas, por las escaleras, o sea que esperamos otra eternidad mirando como bobas los números que no se movían, pues los tres ascensores parecían haberse parado en el cuarto piso a conversar entre ellos.

Cuando por fin llegamos al restaurante, y para sacarnos el clavo por lo que nos había pasado con

